

La soledad: una relación de no relación

OLGA VARELA*

Aun cuando no sea un motivo explícito de consulta, la soledad del sujeto contemporáneo se siente desde el primer momento en que inicia el contacto con el psicoanalista. Entiendo por soledad, no cuando estamos solos, sino cuando nos sentimos solos; César y Sara Botella señalan que no es cuando el objeto se pierde que nos sentimos solos, que en realidad nos sentimos solos cuando perdemos su representación, no al objeto. La representación del objeto asegura cierta presencia intrapsíquica reguladora o desorganizadora, en cuanto forma parte del montaje de la pulsión. André Green señaló que “el objeto pasa a ser un guía indispensable de las representaciones-meta porque se asocia a las huellas mnémicas que invitan a la organización psíquica a elaborarse en torno de una memoria que permite localizar lo que ha de ser evitado o lo que ha de ser buscado”.¹ Al constituirse como representación, la organización proporciona a la psique un objeto de una naturaleza nueva y, al no poder representarlo, nos sentimos solos, angustiados o desvalidos. Y es en este momento en el que podemos decir que nadie existe o que no tengo a nadie, que enfermamos.

Es complejo hablar de soledad ya que sentirse solo rebasa ampliamente la lógica de la realidad; es principalmente el resultado de varios factores, entre los cuales se destaca, principalmente, la economía psíquica.

Hay soledades muy distintas, soledades en plural, diversas y singulares a la vez. De entrada podemos distinguir la soledad con el otro, de la que hablaba D. Winnicott en su clásico artículo “La capacidad para estar solo”, y hay una soledad sin otro, una soledad mas radical, sin representación posible en el

Olga Varela
Psicoanalista Titular
en función didáctica y
Directora General del
Instituto Latinoamericano
de Psicoanálisis (ILAP)

olgavarela@hotmail.com

¹Green A. (1993). *El trabajo de lo negativo*. Amorrortu Editores. Argentina. p. 96

lugar del otro ausente. Además existen varias y diferentes ideas de lo que queremos decir con "soledad" y no todas tienen los mismos significantes y consecuencias; podemos hablar de la soledad que nos enferma y que nos produce un dolor intolerable que no nos deja vivir, de la soledad que es placentera y por ende buscada como un fin, y, finalmente, la soledad necesaria, la que sentimos cuando nos diferenciamos y aceptamos nuestra incompletud y reconocemos al otro como diferente. Una vez que el ser humano se da cuenta de su finitud, de que su existencia está encaminada a este acontecimiento, es la muerte la que le va a dar verdadero valor a la vida. Son los límites los que nos permiten vivir de una forma saludable, pero no todos somos capaces de aceptar estos límites, y cuando no son aceptados, se producen relaciones condenadas al fracaso y a la agresividad. Cuando no se entiende que el otro es diferente y no se aceptan las diferencias surge el deseo de encerrar al objeto con tal de no perderlo. No hay amor porque no hay objeto diferente, por lo que se busca la fusión para negar la diferencia.

Sabemos que la soledad, el desamor, el miedo a la muerte, la incompletud, son temas propios de la condición humana, son propios de la existencia, sin embargo, no afectan a todos los individuos de la misma manera, porque es aquí en donde entran en juego las pulsiones y el modo en que se estructuró el aparato psíquico; vemos así que lo que debería ser parte de la vida misma, no es aceptado y enfermamos de muy distintos modos. Creemos que estos problemas podrían encontrar un espacio para decirse y elaborarse en el diálogo psicoanalítico, lo que sí sucede en un gran número de casos.

Sigmund Freud describió dos experiencias fundantes del psiquismo humano: la experiencia de satisfacción y

la de indefensión. Por lo que no es solo la descarga pulsional lo que impulsa el acercamiento del sujeto hacia el objeto, sino también el desamparo y el miedo a la soledad. Nos interesa hacernos querer, sentirnos amados, para garantizar que no estamos solos y que no se nos abandonará. Es el miedo a la soledad, al desamor, lo que nos recuerda la angustia de castración, la angustia de muerte, como lo explicó Sigmund Freud en "Inhibición, síntoma y angustia" (1925).

La vida sería entonces un intento por recuperar el objeto que creemos que tuvimos y que perdimos, la anhelada completud, lo que nos deja en un desamparo, en una indefensión, *hilflosigkeit*, y el sujeto intentará aferrarse al objeto, incorporarlo dentro de sí en una introyección, en una fusión imaginaria que desencadenará mecanismos identificatorios que culminarán en la estructuración del aparato psíquico. Las fantasías de fusión surgen como intentos de negar la otredad, de desconocer la existencia independiente del otro. Estamos ante el narcisismo primario como una forma de funcionamiento del aparato mental, rudimentaria y primitiva, cuyo rasgo esencial es la negación de la existencia independiente del objeto, desmentida como resguardo frente a la soledad y el desamparo.

Esta precariedad de funcionamiento mental en que la negación de la realidad predomina sobre los hechos, es lo que permite postular la existencia de un principio de realidad endeble que permitirá que esta negación se instale y el Yo es entonces tomado por objeto, las cargas de objeto se abandonan y vuelven al Yo, lo que da como resultado el aislamiento y la pérdida de interés en el mundo exterior con el consecuente desinvestimiento de los objetos y del Yo.

En los últimos veinte años, hemos percibido un cambio en las coordenadas de la demanda de los pacientes. Hay

más sujetos que vienen sin presentar un síntoma preciso; unos vienen porque no se sienten bien, otros porque tienen un sentimiento intimidante del sinsentido de todo, nada hace peso, nada convence. A todo nivel, los lazos entre los seres humanos han cambiado, incluso a nivel del amor: se ligan, se desligan, se pasa de uno a otro con extraordinaria facilidad, lo que produce un sinsentido en sus vidas. Pienso que esto es provocado porque, debido a la precariedad del aparato psíquico de la que hablamos anteriormente, tenemos más pacientes con dificultades para representar, elaborar y asociar, en los que la queja de estar "solos" predomina en su discurso sobre cualquier otro interés o tema, si es que hay algún otro. Son pacientes que tienen el sufrimiento de la pérdida del objeto primario demasiado presente y no la pueden elaborar ni representar.

André Green explica que "son pacientes que, más que preservar el vínculo, se aferran a su objeto, ya que el deseo resultó definitivamente defraudado y ya no queda más que la solidificación de una relación-no relación, condenada a seguir siendo siempre igual, mientras que el deseo perdido en la arena se ha vuelto indiscernible".² Estos pacientes presentarán la misma modalidad de no relación y de poco interés con el analista, además de una imposibilidad para el diálogo; las sesiones se convierten en una eterna queja que va en el lugar de la relación, que no les permite ni la escucha ni la relación transferencial.

En este trabajo intentaré, a través de un caso clínico, mostrar y analizar la problemática y las dificultades técnicas con las que nos encontramos al tratar de transitar con el paciente de la no relación a la relación, de la queja a la compren-

sión, y de la falta de interés al interés por el mundo exterior, aunque esto implique el sufrimiento que la misma vida conlleva. En estos pacientes la queja y el sentimiento de soledad estarán ligadas a un sinsentido generalizado que es expresado a través de esta queja eterna de no poder vivir la vida. ¿Cómo podemos, entonces, llevar a cabo esta tarea que deberá dirigirse a la creación de representaciones que les permitan soportar la ausencia del objeto? ¿Cómo podemos hacer para lograr que el paciente juegue el juego del *fort-da* que Freud jugaba con su nietecito? Si al final estos pacientes no nos ven ni hacen una relación con nosotros, difícil tarea la de hacerse presente en la realidad.

Claudia (35 años) llega al consultorio porque no entiende ni le interesa la vida y piensa que algo en ella no funciona; camina despacio y la cara la tiene atufada con un gesto que me daba la impresión de enfado y coraje, aunque ella decía que estaba deprimida, que ya se lo habían dicho varios doctores. Curiosamente, mientras ella hablaba, yo no le sentía la tristeza que ella decía tener, no se le sentía tampoco ni molestia ni gusto, era un discurso como hablado pero no sentido. Era claro que no me hablaba a mí, hablaba con un monótono discurso que me daba la impresión de que ya lo había dicho muchas veces y solo lo repetía. Decía que estaba muy molesta y harta de que nada le saliera bien, aunque, según ella, lo único que hacía en la vida era esforzarse por hacer las cosas, y nada. Hablaba solo para sí misma, como diciendo cosas que ni a ella le importaban, en un sinsentido general.

Estaba en el consultorio porque quería volver a ser la misma que era antes. Ya había estado con psiquiatras, otros terapeutas, homeópatas y hasta con chamanes. Recuerda haber sido una niña y una adolescente que se divertía y tenía amigos, ahora no tenía nada ni hacía nada.

² Green, A. (1995). *La Metapsicología Revisitada*. Editorial EUDEBA, Buenos Aires. p. 282

Sin embargo, no me daba la sensación de alguien que sufriera ni que estuviera muy desorganizada; era un discurso repetitivo que no decía nada pero en el que ella estaba encerrada. Empezamos con dos sesiones, que para ella eran más que suficientes. Señaló que todas las personas con las que había ido, no le habían ayudado, ni la medicina que le habían indicado y que se había tomado. No creía en nada y nada se le antojaba y se seguía quejando de que ya se había cansado. Esperaba que no fuera a ser como los otros y que a ver si yo si iba a ayudarla.

Este discurso se repitió una y otra vez durante varios meses, pensé que a lo mejor era por obsesiva, por esquizofrenia, por depresión, en fin, pensé de todo pero nada me parecía que la describía. Me hizo recordar lo que había dicho André Green, que había pacientes que nos hacían sentir inútiles y que era yo la que no entendía, que a lo mejor con otro analista podría estar mejor, que iba a dejar de venir en algún momento, pero volvía y parecía querer venir; me pregunté qué la hacía venir, por qué venía, y decidí no pensar y esperar a ver qué seguía. Después de un tiempo me di cuenta de que ese era el juego: venir, quejarse y repetir lo mismo, y ver a qué horas yo me iba a desesperar y a rendirme. Tenía una sonrisita que me hacía pensar que se divertía desbaratando todo lo que decía y volviendo a la desesperanza. Incluso cuando iba logrando algo, por ejemplo, regresó a trabajar en una tienda que tenía, que había puesto con la herencia que le dejó el padre al morir y la que estaba a punto de cerrar porque ya estaba tronando, y de hecho tenía ya tiempo que no iba a la tienda que estaba atendida por una gerente que la llevaba "mas o menos", y cuando ella sintió que a la familia o a mi nos podría dar gusto que se hubiera movido aunque solo fuera un poco, dejaba todo y regresaba a la

pasividad y así hizo con varias cosas más y seguía sin hacer nada, encerrada en su casa y dormida.

Producía una gran confusión y desesperanza, para ella no había salida, nunca había salida, solo la queja de que estaba sola una y otra vez. Se quejaba de no tener a nadie, de haber perdido a todos sus amigos, sin embargo, los amigos le hablaban y la buscaban, pero ella no les contestaba y luego volvía a quejarse porque era una tonta que no sabía ni hablar con nadie. Así con todo, se quejaba de que estaba gorda, iba al nutriólogo para luego quejarse de que no tenía remedio porque no había seguido la dieta y comía mucho y seguía gorda. Buscaba, encontraba y lo perdía, era como estar en una feria con todo, solo que no hacía el menor esfuerzo por sustituir la eterna queja de "no tengo y estoy sola", por un pensamiento que la llevara a reflexionar al menos "no sé qué me pasa, por qué no puedo?" No, no había sustitución, todo seguía igual y reaparecía la misma queja de: "no tengo a nadie, nadie me quiere", etc.

Como era de esperarse, la queja llegó al análisis y a mi ineficiencia: no le servía para nada, se sentía igual y ya se iba a ir con un psiquiatra. Pensé en los instintos agresivos primarios que explica D. Winnicott y recordé que el bebé intenta destruir a la madre y, si no lo logra, se instaura la realidad y disminuye la persecución cuando el bebé-paciente se da cuenta que no destruyó al objeto. Entonces entramos a momentos de mucha destrucción para regresar de nuevo a la queja. Si, como decía Julia Kristeva en *Sol negro de la melancolía*, lo primero era que la pulsión saliera a un objeto externo, la agresión ya era un paso, pero era solo por momentos y regresaba a su mundo y la queja conocida.

Pensé en que era el eterno tema de la criatura perdida en el mundo, es decir, a quien le falta el otro, otro consisten-

te para decirle qué debe hacer, dónde debe estar y cuál es su destino. Son coyunturas que producen angustia, y esto, junto con la eterna queja y su cara de “yo no puedo y sufro mucho”, lograba que sus amigos y familiares le dijeran lo que podría hacer y lo linda que era, etc. Ella escuchaba y entendía pero lo desechara, no hacia nada de lo escuchado y en automático pensaba que todos estaban equivocados, que ella no era lo que le decían sino alguien que solo hacia daño, y que por eso no le iba a funcionar lo que le decían.

Un día, como ella dijo, se levanta sintiéndose muy bien, busca a los amigos y decide que va a volver a estudiar, que ya pidió informes para una maestría y se va a meter a estudiar. Inicia, se mete a estudiar y anda de fiesta, falta a varias sesiones por andar muy ocupada. Adquiere una pseudo vida, no era para nada una mejoría, pero estos momentos tuvieron un pronto final al chocar y desbaratar el coche; termina en el hospital con el brazo roto. Regresa de nuevo a la inmovilidad y a las quejas.

Sin embargo, aunque ella seguía diciendo que el psicoanálisis no le servía, yo la sentía más ligera y haciendo más cosas que ella no reconocía ni comentaba, no lo platicaba pero como el inconsciente es el inconsciente, se colaba en el discurso y decía cosas aunque no lo quería decir y yo decidí no señalarlo. Pensaba que en el momento que lo señalara ella iba a desbaratar todo solo porque yo lo había dicho. Como fuera su comportamiento, yo seguía sintiendo que solo existía para ella como aquella a la que no tenía que dejar ganar e iba a hacer todo lo posible porque así fuera pero... seguía viniendo y yo seguía intentando entender. Sabía que lo único que siempre era igual era un comportamiento destructivo, no hacía relación y destruía cualquier señal de sentimiento o de vínculo, permanecía sola conectada con ella

en su mente, cuidando mucho no perder el control y sentir.

Su organización psíquica se veía permanentemente contrarrestada por una potencia desorganizadora desestructurante, vivía continuamente en una situación opuesta a cualquier estructuración, era la pura cultura de destrucción. Estábamos ante la negatividad como un vínculo para mecerse indefinidamente en su naufragio y en los encantamientos dedicados a lo irreparable, la negativa por la imposibilidad de renunciar a la actualización de los deseos con el objeto de la transferencia despreciando todo lo que no fuera el primer objeto inaccesible, no se dejaba tocar afectivamente rehusando cualquier satisfacción. El objeto solo puede ser deducido por la falta.

Claudia había sido la primera hija de una familia pudiente con una madre extremadamente narcisista, a la que, en palabras de ella, le había echado a perder la vida; solía decirle que el embarazo le había descompuesto el cuerpo y cómo la niña le estorbaba para continuar su vida social; había contratado enfermeras que se hicieran cargo de ella, y así fue su infancia: entre nanas y múltiples clases. Pasaban días sin que ella pudiera ver a su madre, y menos hablar con ella; aún ahora la madre suele encerrarse en su cuarto y no le gusta ser molestada, por lo que ella continúa esperando que algún día la volteé a ver.

Es entonces que Claudia goza ejerciendo su poder en el sentido opuesto y toda relación con los demás queda pulsonalizada a fin de provocar insatisfacción. La lucha por la vida es una lucha por una reivindicación por su autonomía, el objetivo es alcanzar un estado de separación y de individualidad necesario para la estima fundada en la independencia, en tanto que el reconocimiento de alteridad se disipa de manera conjetural y necesaria. Es decir que semejante combate no tiene la finalidad de repetir el placer,

sino la posibilidad de hallar refugio en el repliegue narcisista y la autosuficiencia. Esta solución se cumple en el aislamiento con una modalidad autoerótica. Es lo que André Green llamó "narcisismo negativo".

Tenemos ya tres años de análisis, ratitos bien, ratitos peor. Recordé lo que decía J. Lacan: que toda repetición siempre trae algo nuevo; entendí que el camino era construir de un modo artesanal lo que ella se negaba a reconocer, y así, ante la presencia constante del analista que no reprocha y no entra a la competencia, con lo poco nuevo que va surgiendo en la repetición, algo va cambiando.

Y es también a través de la relación transferencial, aun cuando ésta sea muy frágil, como en el caso de Claudia, que

el objeto nuevo va surgiendo de una no-relación a una relación, que aparece y desaparece formando la representación que le permitirá a Claudia tolerar la soledad con o sin objeto.

BIBLIOGRAFIA:

Freud, S. (1925). "Inhibición, síntoma y angustia". *Obras Completas*, Vol XX. Amorrortu Editores, Buenos Aires. 1974.

Green, A. *La Metapsicología Revisitada*. Editorial EUDEBA, Buenos Aires. 1995.

_____. *El trabajo de lo negativo*. Amorrortu Editores. Argentina, 1993.

Winnicott D. *Exploraciones Psicoanalíticas*. Editorial Paidós. Buenos Aires. 1991.